

El miércoles 15 de diciembre de 1982, a las seis en punto de la tarde, Santiago Gabián, soldado del cuerpo de Infantería del Segundo Regimiento de Madrid, salió vestido de paisano de la Residencia «Carmen Polo de Franco», situada en el Camino de los Ingenieros, con rumbo desconocido, bajo una lluvia torrencial. No cogió el paraguas ni el chubasquero, simplemente se subió la cremallera de la cazadora hasta la barbilla y escondió el cuello. El agua, furiosa, le machacaba la cabeza. Un viento cruel levantaba los toldos de los bares de la plaza, tiraba las sillas, movía las papeleras, zarandeaba los árboles de la Vía Carpetana y despejaba las aceras. A la gente, aturdida por el vendaval, se la tragaba la boca del Metro como si fuera un desagüe inmenso. Santiago Gabián tampoco quiso coger el Metro y continuó caminando por la acera derecha de la Vía Carpetana en dirección al Paseo de la Ermita del Santo. La tarde en Madrid caía muy deprisa. Los últimos resplandores todavía permitían descubrir la palidez en la cara del muchacho y una amargura honda que le salía de adentro. Saber si lloraba era imposible, porque la lluvia borraba las posibles señales del llanto.

A las seis y veinte, Santiago Gabián pasó por la puerta del «Bar Jesús», ayer parada obligatoria, hoy cerrado, con la puerta precintada por la policía. Si hubiese estado abierto, si nada de todo aquello hubiese sucedido, alguien lo habría visto pasar, el mismo Jesús le habría preguntado «¿qué pasa, Gavilán?» y a lo mejor ese sencillo gesto, tres simples palabras, le habrían hecho tragarse el sabor a plomo que llevaba y volver sobre sus pasos. Ya era imposible. Cuando llegó al

final de la calle se hizo de noche. A la luz de los primeros farolones la lluvia parecía una cortina de leche. En la intersección con la calle del Mochuelo, Santiago Gabián se cruzó con un grupo de chicas que tampoco llevaban paraguas, que iban empapadas, gritándose entre ellas, dejando un sonido sordo, como la prórroga de un trueno. Santiago Gabián se acordó entonces de Marcela, su novia hasta hacía dos meses, de la que no se había acordado ni un solo momento en ese tiempo y se le arrugó el corazón. Pensó un poco también en sus *madrinas*, pensó en su amigo Sixto, claro, y en algunos figurantes más que ahora reclamaban su trozo de recuerdo. Pero era imposible pensar en nada más porque una angustia muy dolorosa le subía del estómago a la garganta y no le dejaba respirar. Pareció entonces como si el viento le obligara a volverse para mirar a las muchachas que se perdían acera arriba, clamar auxilio en medio de la tempestad, pedirles una cuerda a la que agarrarse para no hundirse en las aguas profundas y ser salvado así por unas manos anónimas que no conocieran su delito.

Al pasar por la acera del Paseo de la Ermita del Santo los árboles amenazaban con partirse y caerle encima. Algunas ramas desgajadas habían caído sobre los coches aparcados, las más delgadas eran arrastradas allá y acá y cruzaban insensatas la calzada. A esa altura del Paseo aparecieron de nuevo algunos paraguas, mujeres y hombres maltratados por el ventarrón que acababan refugiándose en los escasos portales abiertos. Un poco más allá, cruzó desesperado un camión de bomberos y luego lo llenó todo un silencio inesperado. Sólo se oía el cielo deshaciéndose y los pasos encharcados del muchacho. Con veinte años, con toda la vida

por delante, Santiago Gabián, chorreando por la acera, parecía un fantasma, era una sombra desgarbada, era un infeliz de nariz grande y ojos oscuros, demasiado alto, demasiado indefenso para su edad, de andares demasiado torpes, muy poco marciales, con el flequillo pegado a la frente y el pelo demasiado largo para ser soldado, con el mundo demasiado grande para su espíritu tan pequeño. Luego otra vez el ruido. Eran más de las siete de la tarde cuando llegó al final del Paseo de Extremadura. Allí se encontró con un embotellamiento de vehículos cuyos conductores se habían visto sorprendidos por la virulencia de la lluvia. Una furgoneta blanca estaba parada en medio del cruce y no podía moverse. El conductor fuera del coche intentaba empujarla sin éxito. Un jaleo infernal de cláxones y de voces de taxistas, se mezclaba con el ulular del viento y el estrépito del aguacero. Santiago Gabián atravesó el paso de peatones para tomar el puente de la Calle Segovia. Pese a la fuerza del diluvio hay que decir que Santiago Gabián nunca aminoró el ritmo de su marcha, eran pasos torpes sobre los charcos, resueltos y, al mismo tiempo, derramados en sí mismos, dirigidos a ese destino que él ni siquiera había previsto antes de empezar a caminar. Una hilera de coches bajaba la cuesta con las luces encendidas, como si los arrastrara la corriente de un río. Santiago Gabián sacó entonces la barbilla del cuello de la cazadora, levantó la cara y miró frente a él. Sólo entonces le temblaron las piernas y sintió ganas de vomitar. Sólo entonces aflojó el ritmo de su caminata, pero enseguida le empujó el recuerdo de lo que había dejado en la Residencia y continuó. Terminó de cruzar el puente y serían casi las nueve de la noche cuando giró hacia la derecha y subió por la escalinata zigzagueante que lo puso encima del viaducto.

Caminó ahora sí, con cierta parsimonia, pasaban los coches a su lado, muy pocos viandantes, unos perros al fondo.

No reparó en que había dejado de llover, las nubes pasaban a mucha velocidad y se deshacían como el humo sobre los edificios. Entonces apareció una estrella, luego otra y al final una gran luna rosa en el cielo de Madrid. En medio del viaducto, Santiago Gabián se asomó al vacío y salió un levísimo lamento de su boca. Luego un sollozo largo, las manos en la barandilla y medio cuerpo asomado a la muerte, ya ajeno. Luego simplemente fue arrastrar el resto del cuerpo, dejarse caer, volar tal vez, ni una cuerda, ni unas alas, ni un beso, ni unos amigos, 23 metros de caída libre. Poca distancia para reclamar algo.

Al día siguiente, el periódico, en su apartado local, dedicó varias páginas a contar las consecuencias de la tormenta de la tarde anterior y en la esquina inferior derecha de la página más perdida de todas, un pequeño recuadro que decía: Un joven de 20 años perdió anoche la vida al caerse desde el Viaducto de la Calle Segovia, en el distrito Centro. Eran las 21:00 horas cuando el muchacho se precipitó al vacío muriendo al instante. La mala fortuna hizo que cuando el joven yacía sobre el asfalto pasase un autobús de la EMT de la línea 31 (plaza Mayor-Alto de Extremadura). El autobús urbano, con 60 pasajeros, atropelló al joven cuando bajaba por la calle de Segovia, arrastrando varios metros el cuerpo ya sin vida del infortunado.

Ocho meses después de la muerte de Santiago Gabián, en el verano de 1983, otro muchacho de su misma edad, mira, tumbado en la playa, el cielo cargado de estrellas. El mar oscuro viene a lamerle los talones. Hoy el muchacho está muy triste, anda trabado en desolados argumentos. Suspira hondo. Deja andar el aire por los llanos del pecho. De pronto pasan frente a sus ojos una, dos, tres estrellas fugaces, tan deprisa que no le da tiempo de pedir ningún deseo. La cuarta estrella fugaz, como ya está preparado, consigue sujetarla cerrando los ojos con fuerza, mientras piensa: No quiero ser real, quiero ser el personaje de un cuento, el secundario de una novela, existir en la cabeza de un escritor aficionado, vivir en las páginas impares, quedarme en la saliva de un narrador de historias. El muchacho abre los ojos y la estrella ya no está. Luego escucha que alguien se acerca caminando por la playa solitaria. Ladea la cabeza. Está casi a su lado. Es una chica muy joven, viene descalza, con las sandalias en la mano, morena, el pelo largo, el vestido corto, blanco, con el paso calmo, la mirada despierta. El muchacho, que no la conoce, piensa que es una turista, se incorpora un poco y se queda sentado, la saluda, buenas noches y añade luego cualquier tontería para invitarla a sentarse a su lado. Ella lo hace, miran juntos unos segundos la oscuridad infinita del mar, luego ella dice que el pueblo es muy bonito y él le da la razón y le recomienda cuatro lugares que no puede dejar de visitar, hacen algún chiste y se ríen. Se pasan riendo todo el rato, ella no dice ni de dónde viene ni a dónde va, él tampoco. Se muestran felices con el encuentro, lo notan en el brillo de sus ojos. Una hora después se tumban en la